

VI

Los cuatro años que siguieron fueron tranquilos y felices. Los esposos no abandonaron su castillo de la Noirande. Durante el primer año, proyectaron algunos viajes; querían ir á pasear sus amores por Italia, ó por las orillas del Rhin como es costumbre. Pero siempre en el momento de partir se arrepentían, porque les parecía inútil ir á buscar la felicidad que tenían al alcance de su mano. No fueron ni una sola vez á París. Los recuerdos que habían dejado en la casa de la calle de Boulogne les inquietaban. Encerrados en el fondo de su querida soledad, se creían protegidos contra las miserias de este mundo y desafiaban sus pesares.

Guillermo era completamente dichoso. Su matrimonio había realizado el sueño de su adolescencia. Vivía en paz sin zozobras ni inquietudes. Desde que Magdalena habitaba en la Noirande, esperaba el porvenir con tranquilidad.

El porvenir sería lo que era el presente, una serie de días semejantes é igualmente dichosos, un largo sueño de amor. Su espíritu inquieto necesitaba esta seguridad de calma continua; su deseo más vivo era llegar de aquel modo á la muerte después de una existencia tranquila exenta de grandes sucesos y dedicada á un sentimiento único. Vivía en pleno reposo y no deseaba salir de él.

Magdalena también descansaba, descansaba deliciosamente de las turbulencias de su vida anterior, en la calma de su vida de ahora. Podía estimarse á sí misma y dar al

olvido la vergüenza de su pasado. Ahora participaba sin ninguna clase de escrúpulo de la fortuna de su marido, y reinaba como mujer legítima. La soledad de la Noirande, de aquel vasto edificio negro y carcomido, era de su agrado. No quiso que Guillermo hiciera obras en la antigua vivienda; sólo permitió que hiciera arreglar un departamento del primer piso, el comedor y un salón de la planta baja. Las otras habitaciones estaban siempre cerradas. En cuatro años los esposos no subieron ni una sola vez la escalera para ir á los pisos superiores. Magdalena gustaba del vacío que había en su alrededor. Se figuraba que estaba más alejada del mundo exterior. Permanecía horas enteras en la vasta sala del piso bajo, donde reinaba absoluto silencio. Los sombríos rincones de esta habitación, le hacían pensar en la soledad de las tinieblas. Por la noche, cuando estaba encendida la lámpara, sentía gran abatimiento al verse tan pequeña en medio del infinito. Del campo no llegaba el menor ruido; en la Noirande todo era recogimiento, una paz y un silencio claustrales. A veces, soñaba Magdalena, con una de aquellas bulliciosas fiestas nocturnas á las que Jacobo le había llevado; oía el ruido ensordecedor de los coches en las calles de París; veía los destellos luminosos de las luces de gas; vivía de nuevo durante un segundo en el cuarto del hotel de la calle de Soufflot lleno de humo de tabaco, ruido de vasos, pisotadas y de besos. Esto no era más que un relámpago, una especie de bocanada de aire cálido y nauseabundo que la abofeteaba. Espantada, casi ahogada, miraba á su alrededor y volvía á respirar al verse en el sombrío y solitario salón; de aquel pesadísimo sueño despertaba confiada y tierna para sumirse nuevamente y con mayor voluptuosidad en el fondo de la sombra y del silencio que en torno de ella había. ¡Cuán dulce era esta vida pasiva para su temperamento recto y frío después de los disgustos que el destino le había dado! Daba las gracias á aquel techo glacial, á los desnudos muros, á toda aquella casa que la envolvía como un sudario; tendía sus manos á Guillermo como para expresar su gratitud. El joven la había curado devolviéndole su dignidad perdida y siendo su amante salvador.

Los esposos pasaron algunos inviernos en una soledad casi absoluta. No salían nunca de la gran sala del piso bajo; un vivo fuego ardía constantemente en los morillos de la chimenea inmensa, y allí permanecían días enteros que transcurrían siendo enteramente iguales. Llevaba una vida acompasada como un reloj, conservando sus costumbres con la terquedad de gentes perfectamente dichosas

que se asustan del menor contratiempo. El vago sentimiento de fastidio melancólico que les mecía y dominaba, parecían ser su misma felicidad. No se hacían ya caricias apasionadas, ni extremas voluptuosidades para olvidar la lenta marcha de las horas. Comúnmente se encierran dos amantes, viviendo toda una estación, uno en brazos del otro satisfaciendo sus deseos, cambiando los días en noches prolongadas de amor. Guillermo y Magdalena sonreíanse simplemente, su soledad era casta; si se encerraban no era porque tuviesen besos que ocultar, era que se amaban en el gran silencio del invierno, en aquella serena paz del frío. Les bastaba vivir solos, cara á cara, y que su tranquilidad se la prestara su presencia.

Cuando llegó el buen tiempo abrieron las ventanas y bajaron al parque. En lugar de aislarse en la vasta sala, se ocultaban en el centro de algún seto. Nada había cambiado. Así vivieron largas temporadas, escondidos y casi salvajes huyendo del ruido. Guillermo prefería el invierno, el aire tibio del hogar; pero á Magdalena le gustaba siempre el sol, el espléndido sol que quemaba la nuca y que daba á su sangre movimientos tranquilos y fuertes. A menudo iba con su marido al campo; solían ir á la Fuente y se paseaban por la orilla del riachuelo como en otros tiempos; otras veces recorrían de nuevo las granjas vecinas, pasando por las tierras de cultivo lejos de las aldeas. Pero la excursión que más le agradaba era la de ir á pasar las tardes en la casita que Magdalena había vivido. Algunos meses después de su matrimonio, habían comprado aquella propiedad. No se acostumbraban á la idea de que no les pertenecía, y sentían un invencible deseo de entrar cada vez que pasaban por delante de la casa. Cuando por fin la compraron, tranquilizáronse diciéndose que nadie profanaría aquel querido santuario que guardaba el recuerdo de sus caricias. Y cuando llegó el verano, todos los días pasaban algunas horas en ella. La consideraban como su casa de campo, aunque apenas diez minutos la separaban del castillo de la Noirande. En la casita estaban más solitarios aun, pues habían prohibido que nadie entrara y les distrajera. Muchas veces se quedaban á dormir en ella. En aquellas noches olvidaban el mundo entero, y frecuentemente decía Guillermo:

—Si alguna desgracia nos hiere un día, aquí vendremos á que el olvido nos haga fuerte contra el dolor.

De este modo transcurrieron los meses y las estaciones sucediéronse unas á otras. Desde el primer año de su matrimonio tuvieron una profunda alegría. Magdalena dió á luz á una niña. Guillermo recibió con inmensa gratitud

al hijo que hubiera podido ser de su querida. y lo era de su mujer legítima. En el retraso de la maternidad de Magdalena, vió una gracia del cielo. Lucía fué la luz, la alegría, la animación de la casa. La madre aunque robusta no pudo amamantarla. Escogió para nodriza á una joven que había sido su criada antes de casarse, hija del capataz que dirigía una granja cerca de la Noirande. Así pues, la niña creció cerca de ella casi siempre á su vista. Todos los días iban á visitarla, y cuando empezó á ser grandecita la dejaban días enteros en la granja. La veían por las tardes cuando iban á encerrarse en el pabellón. Se la llevaban con ellos, y tenían gozo inefable al colocar aquella cabecita rubia en medio de sus recuerdos. La adorada niña esparcía cierto perfume infantil en las estrechas habitaciones, testigos de sus amores y escuchaban enternecidos su charla, despertando los recuerdos del pasado. Cuando estaban los tres reunidos en el fondo de su retiro, Guillermo poníase sobre las rodillas á Lucía que se reía con sus labios color de rosa y sus ojos azules.

—Magdalena—decía dulcemente,—ahí tenemos el presente y el porvenir.

Magdalena respondía con una sonrisa llena de tranquila calma. La maternidad había equilibrado su carácter. Hasta entonces había tenido arrebatos de niña y actitudes de amante celosa y apasionada; sus rojos cabellos caían sobre su nuca con libre impudor, sus caderas se balanceaban con gallardía y en sus ojos grises y en sus labios rojos, brillaban los atrevimientos del deseo. Ahora todo su ser se había transformado, el matrimonio le había dado una especie de precoz madurez, su cuerpo se había redondeado y sus movimientos eran más tranquilos y más pausados, sus cabellos rojos, cuidadosamente peinados, no ofrecían su anterior lujuriente abandono y no demostraban su abundancia más que en los espesos *bandeaux* que encuadraban su frente prestando un plácido aspecto á su interesante fisonomía. La hija ocupaba el lugar de la madre, á la madre fecunda en la plenitud de su belleza. Lo que sobre todo daba á Magdalena su aspecto mesurado y digno, su aspecto de paz y de santidad, su color claro como las aguas de un lago, era la satisfacción interior de su ser. Sentíase libre, vivía orgullosa y satisfecha de sí misma, su nueva existencia era el medio favorable en el cual se desarrollaba espléndidamente. Ya en los primeros meses de su estancia en el campo, se había puesto vigorosa y alegre; pero tenía algo de brutal aquel desarrollo, que ahora se había convertido en hermosa serenidad.

Guillermo hallaba consuelo descansando en la fuerza son-

nante de Magdalena. Cuando ella le abrazaba, parecía comunicarle algo de su vitalidad poderosa. Gozaba infinitamente apoyando su cabeza contra el seno de su mujer, escuchando los regulares latidos de su corazón. Estos latidos regulaban su existencia. Una mujer nerviosa y ardiente le hubiera causado horribles torturas, porque su cuerpo y su espíritu se estremecían al menor choque. Por el contrario, la respiración mesurada de Magdalena le prestaba aliento. Le hacía hombre. Su debilidad sólo era ternura. La joven le había hecho suyo en absoluto. Como acontece en toda unión, el ser fuerte se había apoderado del ser débil, y en adelante Guillermo pertenecía por entero á aquella mujer que le dominaba. Le pertenecía de una manera extraña y profunda. Influido constantemente por ella, tenía sus mismas tristezas y sus mismas alegrías, acomodándose á los cambios de su naturaleza. Su voluntad desaparecía y no se impuso nunca. Si hubiese intentado resistirse, se hubiese visto arrastrado por la voluntad poderosa de Magdalena. En adelante su tranquilidad dependía de aquella mujer cuya existencia era forzosamente la suya. Si ella conservaba su sosiego, él viviría tranquilamente, pero si enloquecía, volveríase tan loco como ella. Era una compenetración absoluta de la carne y del espíritu.

Por lo demás, el horizonte de su vida era vasto y dichoso, ambos miraban el porvenir sin recelos. Cuatro años de felicidad les garantizaba contra cualquier perturbación. Guillermo sentíase feliz al entregarse por completo á su mujer, estar en absoluto supeditado á su voluntad, y decía muchas veces: «Tu eres el hombre, Magdalena.» Ella entonces parecía avergonzarse de su poder que á su pesar era mayor cada día, y le abrazaba tiernamente. Viéndoles bajar al parque con Lucía, era fácil descubrir las plácidas alegrías de su unión. La niña era el lazo que les unía. Cuando la pequeña no les acompañaba, Guillermo, sentía frío al lado de Magdalena, á quien, sin embargo, profesaba tanto cariño que á nadie se le hubiera ocurrido la posibilidad de un choque entre los esposos.

Durante los primeros años recibieron contadas visitas. Conocían á poca gente y no gustaban de adquirir nuevas relaciones. Los más asiduos concurrentes eran, sus vecinos del campo, el señor de Rieu y su mujer que habitaban en Paris durante el invierno y pasaban el verano en Veteuil. El señor de Rieu había sido en otra época el amigo más íntimo del padre de Guillermo. Era un anciano respetable, de tipo aristocrático, frío é irónico. Sobre sus pálidos labios brillaban siempre finas sonrisas, agudas como cuchi-

*Magdalena Ferat.—7*

los de acero. Molestado por una sordera casi absoluta, toda la perspicacia del sentido que le faltaba se había refugiado en sus miradas. Veía las cosas más pequeñas, aun aquellas que estaban fuera de su alcance, aunque parecía que nada veía, y sólo en un ligero pliegue de sus labios daba á entender que había visto y había entendido. Cuando entraba en alguna parte se sentaba en un sillón, donde permanecía horas enteras como perdido en el fondo de su eterno silencio. Reclinaba la cabeza en el respaldo y conservaba completa rigidez en los rasgos de su fisonomía; cerraba á medias los ojos y parecía dormir. La verdad era que seguía la conversación y que estudiaba hasta los menores gestos de la fisonomía de sus interlocutores. Con esto gozaba extraordinariamente, sobre todo cuando creía sorprender algún mal pensamiento en la frente de los que le juzgaban una estatua delante de la cual podían ser descubiertos los mayores secretos. Cuando dos personas hablaban en su presencia las examinaba cuidadosamente, como quien examina dos bestias que se estuvieran enseñando los dientes. «¿Cuál de ellas se comerá á la otra?» solía decir para sí. Para él no existían las sonrisas, ni las expresiones delicadas y sencillas, no había más que muecas. No oyendo los sonidos, hallaba grotescas las contracciones bruscas, los aires alocados de los que hablaban. Este estudio continuo, esta observación y esta creencia de lo que él llamaba las muecas, le hacían despreciar soberanamente á los hombres. Agriado su carácter por su sordera, que no quería confesar, pensaba muchas veces que era una dicha ser sordo y poder aislarse en un rincón. Su orgullo de raza se trocaba en implacable sarcasmo; fingía creer que vivía en un pueblo de miserables bestias que se revolcaban en el fango como perros, arrastrándose cobardemente bajo el látigo y devorándose por un hueso hallado entre las basuras. Su semblante pálido y altivo protestaba contra la turbulencia de los semblantes de los otros hombres. Las agudas sonrisas eran las burlas de un hombre á quien la infamia divierte y que no quiere enfadarse con brutos privados de razón.

Profesaba, sin embargo, alguna amistad al joven matrimonio; pero no tanta que bastase á desarmar su burlona curiosidad. Cuando iba á la Noirande, miraba á Guillermo con alguna compasión. No le pasaba inadvertida su adoración por Magdalena, y siempre había tenido por monstruoso el espectáculo de un hombre á los pies de una mujer. Por lo demás, aquellos esposos, que hablaban poco, y cuyos semblantes conservaban una placidez relativa, le pa-

recían las criaturas más razonables de cuantas había conocido. Visitaba á los esposos con verdadero placer. Su víctima, su eterno sujeto de observación y de burla, era su mujer.

Elena de Rieu, que muy á menudo le acompañaba á la Noirande, había cumplido los cuarenta años. Era una mujer bajita, rubia, gruesa y pálida que iba engruesando muy á pesar suyo. Imaginad una muñeca que se hubiera vuelto vieja. Amanerada y pueril tenía un arsenal de gestos, de miradas y de sonrisas; manejaba su rostro como un instrumento delicado, cuya armonía celestial debía de encantar á todo el mundo; nunca dejaba quieta su fisonomía, pues tan pronto bajaba lánguidamente la cabeza como la levantaba hasta las nubes con súbitos fingimientos de pasión y de poesía, volviéndola y revolviéndola conforme á las necesidades del ataque y de la defensa. Luchaba heroicamente contra los años que la engordaban y la envejecían; embadurnada con pomadas y aceites de tocador, comprimida por asfixiantes corsés, creía rejuvenecer así. Esto era sencillamente ridículo; pero además tenía algunos vicios. Consideraba á su marido como si fuera un pobre hombre de madera con quien se hubiera casado para presentarse al mundo. Creía que era excusable no haberle amado. «Hable usted de amor á un hombre que no oye» solía decir á sus amigos, y al decir esto se daba aires de mujer desgraciada y mal comprendida. La verdad era que se consolaba cumplidamente. No queriendo desperdiciar las frases amorosas que no podía decir á su marido, se las decía á otras personas que tenían excelente oído. Para satisfacer sus gustos de muchacha necesitaba jovencuelos de sonrosadas mejillas, en quienes aun se percibía el olor de la leche con que habían sido amamantados. Si se hubiera atrevido, habría pervertido á los colegiales con quienes tropezaba, porque en su pasión por los niños, entraba por mucho el apetito de vergonzosas voluptuosidades y el anhelo de propagar el vicio y de gozar estrambóticos placeres en brazos de la juventud. Era tan delicada en esta materia, que prefería los besos que cosquillean á las caricias estrepitosas. No es de extrañar, por tanto, que se encontrara siempre en compañía de cinco ó seis adolescentes á quienes ocultaba en su cama, en los armarios, ó en cualquier otro mueble. Su felicidad estribaba en tener cuatro ó cinco amantes. Parecía una profesora que iba á pasear á sus discípulos. Nunca le faltaban adoradores; pues los tomaba en cualquier parte, entre esa multitud de jóvenes imbeciles que sueñan con tener una perdida de edad madura y casada. Sus cuarenta años, sus

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO P. 123"  
Apto. 1055 MONTERREY, MEXICO

ridículos ademanes de chiquilla y sus carnes macilentas que hacían retroceder á los hombres maduros, eran inventables atractivos para los jovencuelos de dieciséis años.

A los ojos de su marido, Elena era una máquina curiosa en extremo. Se había casado con ella en un día de mal humor y la hubiese arrojado de su casa al siguiente día si hubiera comprendido que valía la pena de incomodarla. El laborioso estudio de la fisonomía de aquella coqueta le proporcionaba inexplicables alegrías. En lo que más se entretenía era en buscar el engranaje de las secretas ruedas que daban movimiento á los labios y los ojos de la maquinilla. Se figuraba que aquel pálido semblante nunca en reposo, era el de un cómico lúgubre con sus arqueamientos de cejas, sus contracciones de labios y todo el juego rápido y mudo para él. Observando detenidamente á su mujer había llegado á convencerse de que la humanidad estaba formada por fanteches, estúpidos y malvados. Cuando se fijaba en las arrugas de la muñeca envejecida, descubría bajo sus muecas, infamias y necesidades que le hacían considerarla como una bestia á quien era preciso golpear. Se distraía golpeándola y despreciándola. La trataba como un animal doméstico; sus vicios le dejaban tan indiferente como los mahullidos de una gala en celo. Con un honor muy por encima de las inmoralesidades de aquella criatura, presenciaba con desdén supremo y glacial ironía el desfile de adolescentes por la alcoba de su mujer. Hubiérase dicho que se complacía en hacer gala de su desprecio á los hombres, y toleraba todas las porquerías que pasaban en su hogar y aceptaba la perversión y el adulterio como las cosas más naturales del mundo. Su silencio y su sonrisa, cruelmente burlescos parecían decir: «El mundo es un innoble agujero de lodo en el que he caído y en él tengo que vivir.»

A Elena le importaba muy poco su marido. Delante de él tuteaba á sus amantes convencida de que no la oía. El señor de Rieu, en cambio, leía el tuteo en sus labios y entonces se mostraba aún más atento con aquellos jóvenes, gozándose en su turbación y obligándoles á decirle con voz de trueno cosas graciosas. Nunca demostraba la menor extrañeza al ver que su salón se llenaba diariamente con caras nuevas. Recibía á los pensionistas de Elena con paternal bondad que ocultaba terribles sarcasmos. Preguntaba á los jóvenes su edad y sus estudios: «Nosotros queremos mucho á los niños» solía decir burlescamente. Cuando el salón quedaba desierto, se lamentaba del abandono en que la juventud deja á los viejos. Un día viendo que el salón estaba casi vacío, trajo para su mujer un joven

de dieciséis años, pero lo eligió jorobado, y Elena se apresuró á despedirle. Otras veces el señor de Rieu se mostraba aún más cruel: entraba bruscamente en el cuarto de Elena y le hablaba durante horas enteras del buen tiempo y de la lluvia, en tanto que algún inocente se asfixiaba entre las cortinas rápidamente corridas al entrar el marido. En Veteuil corría en boca de todos una frase que se le atribuía. Habiendo sorprendido á su mujer en infragante delito con un muchacho escapado del colegio, se había limitado á decir al amante con voz seca: «¡Ah, caballero tan joven y ya metido en tales asuntos! ¡Es preciso tener más valor para llevarlos á cabo!» Pero el señor de Rieu no era hombre de entrometerse resueltamente en fragantes delitos. Quería aparecer tan ciego como era sordo, y merced á eso podía conservar su altivez y su actitud de terrible tranquilidad. Y lo que más le satisfacía, era la necedad de su mujer que le suponía bastante necio para no dudar de nada.

Haciase el bonachón y conservaba su sangre fría con exquisita educación, gustando con placer de goloso de las frases de doble sentido cuya amarga ironía y refinada crueldad sólo él comprendía. Jugaba á todas horas con su mujer y se hubiese verdaderamente enojado, si ella se hubiera arrepentido. En el fondo, el señor de Rieu, quería saber hasta donde podría llegar su desprecio.

Existía una rara comunidad de ideas y de simpatía entre la naturaleza irónica del señor de Rieu y el espíritu extravagante del señor de Viargne, que explicaba la amistad de ambos viejos. Los dos habían llegado al mismo grado de negación y de desdén: el sabio, creyendo tocar la nada con el dedo; el sordo, imaginando descubrir bajo la máscara humana, la boca de una bestia lúbrica. Cuando el conde vivía, el señor de Rieu, era la única persona que penetraba en su laboratorio. Metidos en él pasaban días enteros. El suicidio del químico no causó extrañeza á su viejo amigo. Volvió á visitar la Noirande sin la menor emoción, solamente se permitió llevar á su mujer acompañada de sus jóvenes amigos. Cuando fueron, sólo se acuerda hacia que Guillermo y Magdalena se habían casado. Elena les presentó su última conquista, un muchacho de Veteuil, á quien habían tomado de huésped para amenizar los placeres del veraneo. Este muchacho se llamaba Tiburcio Bouillard, su nombre le causaba bastante vergüenza, pero el apellido le enorgullecía. Hijo de un antiguo chalán de quien esperaba heredar una fortuna, Tiburcio tenía ambición desmesurada. Vejetaba en el pueblo y tenía el propósito de ir á París á hacer carrera. Vulgar y astuto

era capaz de todas las cobardías útiles, y tenía exacto conocimiento de su fuerza. Era de esos bribones que se dicen: «Seré diez veces millonario» y que concluyen por ganar sus diez millones. Al aceptarle la señora de Rieu creyó habérselas con un chiquillo; pero el chiquillo estaba podrido de vicios. Si fingía ignorancia y timidez, era porque tenía interés en que se le creyera ignorante y tímido. Elena se había dado un amo. Tiburcio, que fingió ponerse atolondradamente en su camino, tenía bien calculado lo que debía hacer. Pensaba que un enredo con semejante mujer, hábilmente explotado, le llevaría á París, en donde ella le abriría todas las puertas y se haría indispensable á los apetitos escandalosos de su querida; de grado ó por fuerza, haría de ella el instrumento de su fortuna el día en que la tuviera bajo su dominio como esclava sumisa. Si no hubiese tenido este cálculo, se hubiera echado á reír delante de Elena á la primera entrevista; le parecía grotesca aquella vieja de gustos tan sucios y siempre hablando del ideal. De los brazos de la libertina vieja, salió hastiado, pero era tan ambicioso que se hubiera echado al río para coger una moneda de veinte francos.

La señora de Rieu estaba encantada con su amante. Llenábala éste todavía de alambicadas galanterías y observaba una rara docilidad. Nunca había encontrado tanta cordidez unida á un profundo conocimiento de todos los vicios. Era tanto lo que se encaprichó con aquel cínico muchacho, que su marido tuvo que adoptar mil precauciones para no sorprenderlos en todos los rincones á todas horas. Paseaba á Tiburcio como si paseara á un perro, llamándole y acariciándolo con la vista y con la voz. Desde que fué presentado en la Noirande, Tiburcio comprendió que su querida empezaba á serle útil. Había sido condiscípulo de Guillermo y uno de sus enemigos más encarnizados. Menor que él en dos ó tres años, se aprovechaba de sus timideces de paria para abofetear cobardemente á un niño mayor que él. Ahora se hallaba arrepentido de aquel error de su juventud, pensando que sólo se debe atropellar á los pobres, ó sea á aquellos de los que nunca debemos esperar nada. Antes de conocer á Elena se había ingeniado inútilmente para entrar en la Noirande. Guillermo apenas contestaba á sus humildes saludos. Cuando entró pegado á la falda de su querida, se puso de hinojos ante su antigua víctima, á quien llamó sencillamente «de Viargne» acentuando la partícula nobiliaria como en otro tiempo acentuaba la palabra «bastardo» que á toda hora le escupía al rostro. Su plan en

vivir en paz y familiarmente con los ricos y nobles de los alrededores y no le disgustaba, muy al contrario, emplear á Guillermo y á Magdalena como el primer escalón de su fortuna. Trató asimismo de galantear á Magdalena; conocía vagamente la historia de sus secretos amores, lo que le hizo juzgarla como una virtud fácil. Si hubiera conseguido seducirla, hubiese tenido dos mujeres en vez de una á su servicio. Soñaba ya en sacar partido de los celos de ambas hábilmente excitados y explotados. Pero Magdalena acogió sus declaraciones con tal desprecio que debió abandonar su proyecto.

Con gran repugnancia vió el matrimonio instalarse en la Noirande á Tiburcio Rouillard. En el fondo de la naturaleza de este joven había una estupidez provinciana y una vanidad repugnante tan visibles, que Guillermo le toleraba á la fuerza. Cuando el fatuo le llamaba su amigo con cierto aire de importancia, ganas le daban de ponerlo en la puerta de la calle y seguramente lo hubiera hecho á no temer dar un escándalo que acaso alcanzara al señor de Rieu. Así, pues, tanto Guillermo como Magdalena, lo soportaban con toda la paciencia que podían. Por otra parte, se hallaban entonces tan embebecidos en su pasión continua que se ocupaban muy poco de las visitas y las invitaban por completo en cuanto la puerta de la calle se cerraba tras de ellas.

Una vez por semana, el domingo, estaban seguros de recibir aquel matrimonio á tres que venía á pasar la tarde en la Noirande. Elena asida al brazo de Tiburcio entraba la primera, el señor de Rieu seguía detrás con aire grave y como distraído. Todos juntos bajaban al parque y era de ver entonces, una vez sentados sobre el fresco césped, las actitudes lánguidas de la señora y la galantería respetuosa del joven. El marido sentado frente á ellos, les observaba con los ojos medio entornados. El señor de Rieu había adivinado el vil carácter y los perversos instintos del muchacho. Su ciencia de observador le advertía que su mujer tenía un amo que tal vez algún día la mataría. El drama prometía desarrollarse con interesante acción y gozaba ya de antemano con el previsto desenlace que le darían los dos amantes; creía ver ya zarpas en los dedos acariciadores del joven y esperaba con calma cruel el momento que Elena lanzara un grito de angustia al sentir aquellas zarpas clavadas en su cuello. Entonces quedaría castigado su repugnante vicio; Elena se humillaría y temblaría á los pies de un niño cuando su amante joven había engullido. Silencioso y burlón el marido soñaba con esta venganza que la casualidad le

había enviado. En muchas ocasiones el rostro helado y falso de Tiburcio, le daba casi miedo. Sin embargo, le trataba con gran cordialidad y parecía cuidarle como á un dogo al que se le enseña para que muerda á las gentes.

Magdalena que no ignoraba los amores de la señora de Rieu, mirábala siempre con cierta extrañeza. ¿Cómo podía aquella mujer vivir tranquila entre tales desordenes? Cuando se hacía esta pregunta, creía en verdad, habérselas con un ser monstruoso, con una criatura perversa y excepcional. Y es que Magdalena era uno de esos temperamentos sanos y fríos que no saben ni pueden aceptar más que situaciones francas y sencillas. Si cayó por un instante en el lodo, fué por azar desgraciado y harto expió su caída. Su ingénito orgullo, no podía acostumbrarse á las zozobras continuas y á las humillaciones del adulterio, siéndola preciso respirar el aire sano de la propia y ajena consideración, y poder caminar con la frente alta. Observando á Elena, reflexionaba en los sobresaltos que debían agitarla por tener que ocultar un amante en su cama. No siendo vehemente, su carácter, estaba lejos de comprender los arrebatos pasionales; presintiendo únicamente, el miedo y la vergüenza ante el esposo, los besos robados del amante, la plácida existencia constantemente turbada por los amores y los odios de estos dos hombres. Jamás su naturaleza franca y orgullosa hubiera aceptado semejante existencia de cobardías y de mentiras; se hubiera sublevado al primer choque. Los caracteres débiles, los cuerpos sin energía acaban por doblegarse ante los infortunios, hallando entonces en su misma indecisión algo voluptuoso que les adormece. Contemplando el rostro embadurnado y luciente de Elena, no dejaba de decirse Magdalena: «Si cayese algún día en brazos de otro hombre que no fuera Guillermo, me mataría.»

Por espacio de cuatro años seguidos volvieron á la Noirande los visitantes. El padre de Tiburcio retenía con tesón á su hijo en Veteuil, habiéndolo colocado en casa de un abogado, y el pobre muchacho mordíase los puños de rabia por no poder seguir á su querida que estaba en París. Elena sintióse tan conmovida por su dolor que pasó dos temporadas de algunos meses en el campo, regresando precipitadamente junto á su amante, porque no hallaba otro hombre que la saciase como él. Tiburcio comenzó á odiarla profundamente, y cuando ella regresó en pleno mes de Diciembre, hizo el propósito de no darse por enterado. Bastante le importaban sus caricias si no servía de instrumento para sus planes. Cuatro años de

amor estéril con tal hembra que podía ser su madre, le encolerizaba hasta el extremo de sentirse á veces impulsado á abandonarla, después de llenarla de injurias y de golpearla, pero próximo á estallar tuvo el antiguo chalán, su padre, la feliz ocurrencia de morirle después de un vómito de sangre. A los quince días el joven Rouillard iba á París en el mismo vagón que Elena, más atento y amante con ella que nunca. El señor de Rieu observaba á la pareja con sus ojos medio cerrados.

Cuando los de Rieu estaban ausentes, especialmente en las interminables veladas del invierno, Magdalena y Guillermo no tenían otra compañía que la de Genoveva. Vivía con ellos en comunidad, sentándose en la misma mesa y habitando la misma vivienda. Entonces rayaba en los noventa años, siempre erguida, más acartonada y angulosa que nunca. No había perdido el sombrío color de su espíritu; su nariz fina, sus labios contraídos y las arrugas que plegaban su rostro, dábanla el aspecto de una careta lúgubre y siniestra. Por la noche cuando había concluido sus faenas, sentábase en compañía de los esposos, abría su Biblia chapada de hierro y á la rojiza luz de la lámpara mascullaba lentamente algunos versículos. Leía sin fatigarse, con un sonsonete insoportable y machacón, interrumpido únicamente por el ruido de las hojas que volvía. Destacándose en el silencio su silabeo monótono, semejaba el Requiem entonado por un cura atónico; sus sordas lamentaciones parecían brotar de bocas invisibles, que estaban ocultas entre las sombras de los rincones.

Algunas noches, Magdalena llegaba á tener miedo inexplicable pugnando por descifrar el sentido de aquellos singulares rezos. Genoveva escogía con preferencia los capítulos más tenebrosos del Antiguo Testamento, eran sus predilectos, pues aquellos pasajes llenos de muerte y de horrores la excitaban más, comunicando á su voz, acentos de sorda rabia. Hablaba con alegría implacable de la cólera y de la venganza del Dios terrible, el Dios de los profetas, pesando sobre la humanidad con la potente saña de su cruel justicia. En las páginas exterminadoras se complacía leyendo despacio, saboreando lentamente las terribles penas del infierno con todos sus horrores. En aquella Biblia inmensa, siempre veía á Israel prosternado y humillado temblando ante su juez inexorable, y Genoveva temblaba también estremecida, como los judíos, sugestionada hasta el punto de arrancarla sollozos, creyendo que sobre sus carnes caía el fuego devorador de Sodoma. Compendiaba á veces las ideas con una frase terrible, anatematizando lo que Jehová condenaba, y llena de un fanatismo

sin misericordia, arrojaba con voluptuosidad los pecadores al abismo. Castigar á los culpables, darles muerte, quemarlos, le parecía una santa necesidad porque para ella Dios era como un verdugo supremo omnipotente, que se había impuesto la misión de azotar al mundo impío.

Aquel espíritu duro y seco anonadaba á Magdalena. Tornóse pálida y triste llena de secreto terror por aquel año de su vida que quisiera borrar y tenía que hacerse perdonar. El perdón había llegado y cuando se creía absuelta por el amor de Guillermo, la voz terrible de un Dios vengativo resonaba en medio de su paz. ¿Es que Dios no olvida ni perdona? ¿Duraría hasta su muerte la mancha de sus pecados, de sus faltas cometidas en la juventud? ¿No saldría jamás su cuenta de arrepentimiento? Estas ideas turbaban su reposo y pensaba en su porvenir con espanto; entonces creía acabada su dicha presente, viendo temerosos abismos abiertos ante ella, en los que había de precipitarse, bastando un soplo para arrojarla en pleno huracán y quedar ahogada entre las amargas olas. El cielo que Genoveva abría ante sus ojos, aquel tribunal sombrío de inquisidores con su cámara de tortura, donde se escuchaban lamentos de agonía y se percibía olor de carne abrasada, se le aparecía como una visión sangrienta. Recordaba que en el colegio cuando hizo su primera comunión, le mostraron la gloria como una tienda suntuosa repleta de golosinas que los querubines blanquíssimos y rubicundos repartían entre los buenos. Más tarde llegó á sonreírse burlonamente de su fe de chiquilla y dejó de ir á la iglesia. Ahora volvía á ver la inmensa repositaria trocada en rígido tribunal; no creía en los sempiternos dulces, como tampoco en las sempiternas espadas flamíferas de los querubines; mas los cuadros siniestros evocados por los lamentos de la fanática vieja, si no la inducían á un santo temor de Dios, la conturbaban cruelmente haciéndola recordar su pasado. Comprendía perfectamente que si Genoveva penetrase en el secreto de su pasado, la condenaría á uno de esos tormentos de que hablaba con extraña voluptuosidad; orgullosa y fuerte con su vida pura, sin mancha, Genoveva sería implacable. Algunas veces creía que la vieja la examinaba con dureza y entonces bajaba la cabeza, el rubor encendía su rostro y desconfiaba de su salvación. No creyendo en Dios presentía en omnímodos poderes sobrenaturales, y Genoveva se erguía ante ella seca y rígida, implacable y cruel para increparle: «Llevas en ti misma la angustia de tu pasado, y un día esa angustia se enroscará á tu garganta para ahogarte.» La parecía que la fatalidad moraba ya en la

Noirande, y la aprisionaba entonando siniestros versículos de penitencia.

Ya en la alcoba, á solas con Guillermo, pensando en los sobresaltos de la velada, demostraba el extraño temor que aquella mujer le inspiraba.

—Ya sé que me crearás una chiquilla—decía con violenta sonrisa á su marido,—pero Genoveva me ha atemorizado hoy... Decía á nuestro lado cosas horribles... ¿No podríamos enviarla con su Biblia á otra parte?

—¡Qué tontuna!—replicó Guillermo.—Comprende que eso la disgustaría. Cree la pobre anciana que nos salva haciéndonos participar de sus lecturas. En fin de todas maneras, la suplicaré mañana que lea en voz baja.

Magdalena sentada en el borde del lecho, con la mirada vaga parecía ver las visiones evocadas por la fanática. Ligeros movimientos agitaban sus labios.

—Hablabas de muerte y de castigos...—insistía la joven.—No es una vieja bondadosa, es cruel... Es tan distinta de nosotros que á veces me da miedo.

Guillermo continuaba riéndose.

—Pobre Magdalena mía, ven, abrázame—replicaba Guillermo estrechando á su mujer,—estás nerviosa. Genoveva es una pobre loca á quien debes perdonar sus fúnebres letanías. Ya te acostumbrarás, yo mismo cuando muchacho me asustaba al verle abrir su Biblia, y ahora creería que me faltaba algo si no oyera su monótono murmullo... ¿No experimentas tú también una dulce calma inexpresable cuando en medio del silencio absoluto de la noche oyes su voz?

—Sí, y en muchas ocasiones, no distingo las palabras y su voz parece un silbido del viento. ¡Pero qué horrores cuenta! ¡Qué crímenes! ¡Qué castigos!

—Genoveva—añadía Guillermo,—es una criatura abnegada que nos evita mil enojos gobernando esta casa; me ha visto nacer y vió nacer á mi padre. ¿Sabes que á pesar de sus noventa y dos años continúa firme y fuerte? Trabaja hasta cumplir los cien. Es preciso amarla porque se trata de una antigua y fiel servidora.

Magdalena no le oía. Se hallaba sumida en un extraño sueño. Después súbitamente acongojada, preguntó:

—¿Crees que el cielo no perdona nunca?

Sorprendido y triste, su marido volvióse á ella abrazándola y con trémula voz le preguntó por qué dudaba de su perdón. Magdalena no respondió directamente, sólo murmuraba:

—Genoveva dice que es preciso rendir al cielo nuestra cuenta de sollozos. Dios no perdona.